

derados de aquel ministerio en oposicion con los principios religiosos del anciano Jorge III. Ya una vez aquel devoto príncipe habia llevado su animosidad contra los católicos de Irlanda, hasta el extremo de separarse de Mr. Pitt antes que conceder algo para la emancipacion. La misma causa debia separarle de los colegas y sucesores de aquel ministro. Los irlandeses servian bien en el ejército inglés, y en el momento en que la lucha con la Francia tomaba nuevo carácter de encarnizamiento, era político recompensar á aquellos valientes militares, permitiéndoles ascender á los mismos grados que los oficiales ingleses, uniendo ó reconciliando de este modo á los católicos con la corona de Inglaterra por un acto de justicia. El ministerio habia proyectado una ley en este sentido, y merced á su oscuridad, calculada por parte de los ministros que la habian redactado, Jorge III, que la compreñó mal, consintió en que se presentase; pero apenas lo fué, los enemigos del gabinete, que no eran otros que los personajes secundarios de que Mr. Pitt se habia rodeado en su último ministerio, despertaron por medio de secretas intrigas los escrúpulos del monarca, é hicieron llegar á sus oídos esplicaciones que daban á la ley una gravedad que no habia conocido en un principio. Jorge III quiso entonces que se retirase: lord Grenville y lord Howick (Mr. Grey) tuvieron que resignarse, aunque con mucho disgusto, á dar aquel paso humillante, y declararon al rey, que las concesiones que se rehusaban entonces á los irlandeses, seria preciso otorgárselas un poco mas tarde; á lo cual Jorge III contestó exigiendo que no se le propusiese semejante medida

en adelante. Al escuchar aquella soberana exigencia, Grenville, Grey y sus colegas, hicieron dimision, y se retiraron en marzo de 1807. Volvió entonces á ocupar el ministerio el débil personal que habia rodeado á Mr. Pitt, bajo la presidencia del anciano duque de Portland, antiguo wigh, que ya no tenia ninguna significacion política por su avanzada edad, y que solo habia sido llamado para conservar en el nuevo gabinete alguna aparicion de la política de transacion. Los señores Canning, Castlereagh y Perceval, miembros principales de aquel ministerio, eran calificados, y con razon, de aduladores del monarca, y se aprovechaban de las debilidades de éste para sobreponerse á los hombres de mas capacidad y consideracion de la Inglaterra. Discusiones violentas en las dos cámaras los constituyeron casi en minoria; y se atrevieron á amenazar y disolver el parlamento, escudados con el apoyo de Jorge III. Las elecciones se verificaron en junio de 1807, al grito de *abajo los papistas*, grito que siempre encuentra mucho eco en Inglaterra. Auxiliados por el fanatismo popular, que llegaba hasta creer que el papa habia desembarcado en Irlanda ministros sin consideracion, defensores de una causa detestable, habian obtenido una gran mayoría. Tales eran los hombres que gobernaban en aquel momento á la Inglaterra.

Estos advenedizos, á quienes la fortuna destinaba mas tarde el honor que no habian merecido, de recoger el fruto de los esfuerzos de Mr. Pitt, querian naturalmente distinguirse de sus predecesores, y como estos habian procurado temprar la política de Mr. Pitt, ellos por el contrario, debian exagerarla. Así es, que contrajeron desde luego

el compromiso que se les habia censurado ágricamente, de no proponer nada al rey en favor de los católicos; y en cuanto á la política exterior, afectaban gran celo por los aliados de la Inglaterra, indignamente abandonados, decian, por Grenville, Windham y Grey.

Se habian apresurado á prometer expediciones al continente, y aunque por haber entrado en el ministerio en marzo, pudieron en abril, mayo y junio, llevar útiles refuerzos á las potencias beligerantes, puesto que Dantzic no se rindió hasta el 26 de mayo, nada habian hecho, bien por incapacidad, bien porque se encontrasen preocupados con los asuntos interiores, preocupación que debia ser grande, porque tenian entonces que disolver el parlamento y convocarle de nuevo. Sea como quiera, despues de reunir una escuadra considerable en las Dunas, y de acumular en aquel punto muchas tropas, prontas para embarcarse, su cooperación á la guerra continental se habia reducido á enviar una division inglesa á Stralsund. La noticia de la batalla de Friedland y de la paz de Tilsit los habia consternado en extremo por el pais, y sobre todo, por si mismos, porque despues de haber criticado con demasiado calor la inaccion de sus predecesores, estaban espuestos á oír una censura mas justa de su apatia, durante los tres meses decisivos de abril, mayo y junio de 1807. Era, pues, preciso acometer á todo trance alguna empresa que hiciese gran sensacion en la opinion pública, que hiciese desaparecer la nota de inaccion, que útil ó perjudicial, humana ó bárbara, fuera bastante especiosa y estrepitosa, para ocupar los ánimos descontentos y alarmados.

En semejante situacion, resolvieron una empresa que durante largo tiempo ha resonado en el mundo como un atentado contra la humanidad; empresa no solo odiosa, sino mal calculada bajo el punto de vista del interés británico, y que no era otra que la famosa expedicion contra la Dinamarca, ideada para violentarla, y para obligarla á pronunciarse en favor de la Inglaterra. Tristes imitadores de Mr. Pitt, los ministros ingleses querian renovar contra Copenhague el ruidoso golpe, por cuyo medio habia diuuelto la Inglaterra en 1801 la coalicion de los neutrales. Pero cuando el ministerio Addington, inspirado entonces por Mr. Pitt, habia hostilizado á Copenhague en 1801, era para romper una coalicion de que la Dinamarca formaba parte públicamente: era un acto de guerra opuesto á otro acto de guerra; era una operacion temeraria, pero hábil en su temeridad, cruel en sus medios, pero necesaria. En 1807, por el contrario, no habia ni pretexto, ni justicia, ni habilidad en atacar á Dinamarca. Este estado escrupulosamente neutral, habia tenido sumo cuidado en conservar esta posicion de neutralidad, y por una malhadada costumbre de tomar mas precauciones contra la Francia que contra la Inglaterra, habia colocado su ejército a lo largo del Holstein, esponiéndose, como ya se habia visto en Lubeck, á una colision con las tropas francesas, mas bien que á dejar pisar la linea de sus fronteras. Su diplomacia habia obrado como su ejército, y manifestado siempre, respecto de la Francia, una susceptibilidad recelosa. En aquel mismo momento, no acababa, como supusieron falsamente los ministros ingleses, de tratar con la Rusia y la Fran-

cia, y de estipular su adhesion á la nueva coalicion continental. Lejos de eso, hacia nuevas protestas de que deseaba conservar su neutralidad, aunque Napoleon la hizo la declaracion comedidamente, pero con energia, que en cuanto la Inglaterra se explicase con respecto á la mediacion rusa, seria preciso que tomase un partido, y se decidiese en pró ó en contra de los opresores de los mares. Si los ministros ingleses hubieran obrado hábilmente en aquellas circunstancias, hubieran dejado á Napoleon el odioso papel de obligar á la Dinamarca á pronunciarse, y enviado una escuadra al Cattegat; despues, cuando se acercasen los franceses, hubieran socorrido á Copenhague, y llegado á ser por este medio los dueños legitimos de la marina dinamarquesa, de los dos Belts y del Sund. En una época en que la Europa, cansada ya de sufrir por las disensiones de la Francia y de la Inglaterra, estaba dispuesta á juzgar con severidad al adversario que agravase mas los males de la guerra, esta conducta amistosa con la Dinamarca, era la única que debia seguirse, pues de lo contrario se daba á Napoleon la Dinamarca, se le ahorra el embarazo de ejercer por sí mismo una opresion tiránica, y el robó de algunos cascos de buques sin un marineró, no era para los ingleses mas que un acto infructuoso de saqueo, acto tanto mas impolitico y odioso, cuanto que no podia consumarse sino por un medio abominable, el de bombardear una poblacion de mugeres, niños y ancianos.

Supongamos que ministros ilustrados, colocados en una posicion sencilla, hubiesen dirigido entonces la politica de la Inglaterra, la eleccion no hubiera sido dudosa, y ciertamente habria pre-

valecido la conducta de ayudar á la Dinamarca en su resistencia contra Napoleon. Pero Canning, Castlereagh y Perceval, eran con mas ó menos talento oratorio, políticos muy medianos, y ministros mas ocupados en su interés que en el del país. Creyeron que les era necesaria una repeticion del estrepitoso golpe de 1801, y se mostraron en esto tristemente imitadores de la politica de Mr. Pitt, y quien dice imitador dice corruptor, porque todo imitador corrompe lo que imita exagerandolo.

Apenas se divulgó la noticia de la paz de Tilsit, cuando el gabinete inglés, alegando falazmente el conocimiento adquirido, por comunicaciones secretas, de una estipulacion, que, segun decia, tendia á someter la Dinamarca á la coalicion continental, resolvió enviar una poderosa expedicion á Copenhague, para apoderarse de la escuadra dinamarquesa bajo el pretesto, de que quitar á Napoleon los recursos marítimos de la Dinamarca, no era por parte de la Inglaterra mas que un acto de legitima defensa. Tomada esta resolucion, el gabinete inglés comunicó inmediatamente las órdenes necesarias. Ya la escuadra y las tropas se hallaban prontas en las Dunas, y no quedaba mas que hacerse á la vela. Desde el revés experimentado al frente de Constantinopla, habia acordado el almirantazgo, que toda expedicion marítima debia emprenderse con tropas de desembarco. Con arreglo á esta opinion, se habian reunido veinte mil hombres en las Dunas, los que unidos á las tropas inglesas enviadas á Stralsund, iban á formar al pie de las murallas de Copenhague un ejército de veinte y siete ó veinte y ocho mil hombres. Los procedimientos debian ser dignos del ob-

jeto. Aprovechándose de que la Dinamarca tenia todas sus tropas, no en las islas de Seeland y de Fionia, sino en la frontera del Holstein, se queria introducir una division naval en los dos Belts, interceptar aquellos pasos, é impedir de este modo que el ejército dinamarqués acudiese al socorro de Copenhague; desembarcar despues veinte mil hombres en las inmediaciones de aquella ciudad, a acarla, hacerla la intimacion, y si se negaba á rendirse, bombardearla hasta destruirla. Este plan de ataque, fundado en la falta de preparativos por la parte del mar, y en la reunion de todas las tropas dinamarquesas por el lado de tierra, era la demostracion mas completa de la buena fé de la Dinamarca, y de la indigna mala fé del gabinete británico. Sir Home Popham, muy comprometido en el mal exito de la tentativa contra Buenos-Aires, é impaciente por rehabilitarse, habia contribuido mucho á la concepcion de aquel plan, y tambien á su ejecucion.

En estas circunstancias fué cuando llegaron á Lóndres la oferta de la mediacion rusa, y la proposicion de tratar de una avenencia con la Francia. El gabinete británico se hallaba demasiado empeñado en un sistema de hostilidades encarnizadas, y en estremo albagado con la esperanza de una expedicion brillante, para que pudiese prestar oídos á ninguna proposicion pacífica. Resolvió, pues, dar una contestacion evasiva é hipócritamente calculada, que sin hacer imposible toda avenencia ulterior, le dejase por el momento en libertad de continuar la comenzada empresa. En su consecuencia, dirigió á la Rusia una nota, en la que parodiando el antiguo language de Mr. Pitt,

decia como él, que estaba pronto á admitir la paz, pero que la Francia no obraba de buena fé, y que no queriendo despues de tantas negociaciones infructuosas caer en nuevo lazo, deseaba saber bajo qué bases tenia la mision de tratar la Rusia mediadora. Esta era una respuesta dilatoria, pero á la que los actos posteriores iban á dar una interpretacion cruelmente negativa.

El almirante Gambier, comandante de la escuadra inglesa, y el teniente general Cathcart, que mandaba las tropas de desembarco, se hicieron á la vela en varias divisiones hácia los últimos dias del mes de julio. La expedicion que habia zarpado de los diferentes puertos de la Mancha, se componia de veinte y cinco navios de linea, cuarenta fragatas y trescientos setenta y siete buques de transporte. Llevaba á bordo cerca de veinte mil hombres, y debia encontrar siete ú ocho mil que volvian de Stralsund. La escuadra de guerra precedia á la de transporte, para rodear la isla de Seeland, é impedir que las tropas dinamarquesas se dirigiesen á Copenhague. La escuadra estaba á 1.º de agosto en el Cattegat, y el dia 3 á la entrada del Sund. Antes de penetrar en él el almirante Gambier, destacó á las órdenes del comodoro Keats, una division de fragatas y bergatines, con algunos buques de setenta y cuatro que calasen poca agua, para invadir los dos Belts, y establecer en ellos un crucero que no permitiese el paso de un solo hombre desde la tierra firme á la isla de Fionia, y desde esta á la de Seeland. Tomada esta precaucion, la escuadra atravesó el Sund sin resistencia, porque la Dinamarca lo ignoraba, y la Suecia todo lo sabia. Ancló en la rada de Elseneur,

cerca de la fortaleza de Kronenburgo: permaneció silenciosa, y despachó un agente inglés con una intimación para el príncipe real de Dinamarca, entonces regente del reino. El agente elegido no podía ser más digno de esta misión, pues lo fué Mr. Jackson, que había sido en otro tiempo encargado de negocios en Francia antes de la llegada de lord Whitworth á París; pero que no habían podido dejarle allí á causa de la ojeriza que manifestaba en todas ocasiones. No encontró al príncipe real en Copenhague, y fué á buscarle á Kiel, en el Holstein, en cuyo punto residia en aquel momento la familia real. Introducido á presencia del regente, alegó que existian unas estipulaciones secretas, en virtud de las cuales, la Dinamarca debía, de grado ó por fuerza, formar parte de una coalición continental contra la Inglaterra: espuso como razón para obrar, la necesidad en que se encontraba el gabinete británico de tomar precauciones para que las fuerzas navales de Dinamarca y el paso del Sund, no cayesen en poder de los franceses, y en consecuencia pidió á nombre de su gobierno, que se entregase al ejército inglés la fortaleza de Kronenburgo que domina el Sund, el puerto de Copenhague, y en fin, la escuadra, prometiendo conservar todo en depósito, por cuenta de Dinamarca, á la que se devolveria todo, despues de pisado el peligro. Mr. Jackson aseguró que Dinamarca no perderia nada, que las tropas británicas se conducirian en ella como auxiliares y amigos, y que pagarian todo cuanto consumiesen.—¿Y con qué, contestó el príncipe indignado, pagariais nuestro honor perdido, si accediésemos á tan infame proposición?... El príncipe continuó, y como

opusiese á aquella pérfida agresion la conducta leal de Dinamarca, que no habia tomado ninguna precaucion contra los ingleses, que las habia adoptado todas contra los franceses, de lo cual se abusaba, para sorprenderla, Mr. Jackson respondió á tan justa indignacion con una insolente familiaridad, diciendo que la guerra era la guerra, que era preciso resignarse á sus necesidades, y que el más débil cediese al más fuerte. El príncipe despidió al agente inglés con palabras muy duras, y le declaró que iba á trasladarse á Copenhague, para cumplir allí con sus deberes de príncipe y de ciudadano dinamarqués. Lo verificó en efecto, anunció por medio de una proclama los peligros que corria el país, dirigió un llamamiento patriótico á la población, y prescribió todas las medidas que el tiempo y el cerco inopinado de Seeland permitian tomar, cerco que se habia estrechado ya tanto, que el mismo príncipe solo pudo con mucha dificultad atravesar los dos Belts. Desgraciadamente, los medios de defensa estaban muy lejos de corresponder á las necesidades de Copenhague, porque apenas habia cinco mil hombres, de los cuales, tres mil eran tropas de línea, y dos mil de milicia bastante bien organizada. Se les agregó una guardia cívica de tres ó cuatro mil vecinos y estudiantes. Como en 1801, se colocaron fuera de los canalizos cuantos buques viejos habia, para cubrir la ciudad por la parte del mar con baterias flotantes, y en el interior de las darsenas, se resguardó como mejor se pudo la escuadra, objeto de la predileccion y orgullo de los dinamarqueses, y en fin, por el lado de tierra se construyeron precipitadamente obras de fortificación porque se sabia que los ingleses llevaban un

ejército de desembarco, y por todas partes se colocaron en batería piezas de grueso calibre, de que los arsenales dinamarqueses estaban abundantemente provistos. Pero si semejantes medios bastaban para impedir un asalto, no eran suficientes contra el peligro de un bombardeo. Para contener al enemigo á una distancia que hiciese imposible aquel terrible medio de ataque, hubiera sido necesario, ú obras exteriores, que la Dinamarca, contando con la posición insular de su capital, no había pensado jamás en construir, ó un ejército de línea, que su lealtad la había inducido á situar en su frontera de tierra. Como quiera que sea, el príncipe, después de tomar las disposiciones que exigía lo apremiante de las circunstancias, confió el mando de la capital al valiente general Peymann, con orden de defenderse hasta el último extremo. Como existía en la misma extensión de la isla de Seeland, y por consiguiente dentro de los Belts, una población bastante numerosa que podía suministrar algunos miles de hombres para la milicia, mandó al general Castenskiöld que reuniese con toda premura aquella milicia, y la introdujese si era posible en Copenhague antes de que fuese sitiada. El salió de la plaza, y corrió al Holstein, para reunir el ejército diseminado por la frontera, y volar al socorro de la capital si se podían atravesar los Belts.

Habiéndose incorporado durante este tiempo á la escuadra el enviado inglés, mandó á la legación inglesa que saliese de Copenhague, y dió al almirante Gambier y al general Cathcart, la señal de la espantosa ejecución preparada contra una ciudad, cuyo único crimen consistía en la posesión de una

escuadra que los ministros ingleses necesitaban conquistar, para mejorar su situación en el parlamento. Las conferencias con el gobierno danés, la necesidad de aguardar la llegada de la escuadra de transporte, que había salido mucho después que la de guerra, y la expectativa de un viento favorable, retardaron hasta el 13 de agosto las operaciones del almirante Gambier. El 16 tomó tierra en el punto de la costa llamado Webeck, á algunas leguas al Norte de Copenhague, y desembarcó unos veinte mil hombres, la mayor parte alemanes al servicio de la Inglaterra. La división de las tropas de Stralsund, debía desembarcar al Mediodía hacia Kiøge. Tranquilizados al ver en los Belts los buques ligeros de la división del comodoro Keats, dieron principio con toda tranquilidad á su criminal empresa. Sabían muy bien los ingleses que aun con treinta mil hombres no lograrían tomar por asalto una plaza que contaba con ocho ó nueve mil defensores, de los que cinco mil eran de tropas disciplinadas, y con una población de marinos intrépidos. Pero confiaban en los medios de destrucción de que podían disponer, merced á la inmensa cantidad de artillería gruesa que llevaban sus navíos. Para asegurar mas el resultado, los acompañaba el coronel Congreve, que por primera vez debía hacer el ensayo de sus formidables cohetes. De consiguiente, su operación no consistió en trabajos regulares de sitio, sino en el establecimiento sólido y bien protegido de algunas baterías incendiarias. Al derredor de Copenhague, se extendía una especie de lago de forma prolongada que abrazaba casi todo el recinto por la parte de tierra. Tomaron posición detrás de aquel lago y se atrinche-

raron allí. Puestos así á cubierto por el lado de la plaza, de las salidas de los sitiados, procuraron ponerse tambien por el lado de la campiña, formando una segunda línea de contravalacion, para mantener en respeto, bien fuese á las milicias del Seeland reunidas á las órdenes del general Castenskiöld, ó bien á las mismas tropas regulares, si acaso algunas lograban volver á pasar los Belts. Después de haberse establecido solidamente comenzaron á construir sus baterías incendiarias, absteniéndose de hacer uso de ellas hasta que estuviesen completamente armadas, y en estado de romper un fuego destructor. Mientras se ocupaban en aquellos trabajos, su escuadra se habia aproximado por la parte del mar, y se habian trabado muchas y reñidas escaramuzas en ambos elementos, entre los sitiados y sitiadores. Una escuadrilla dinamarquesa, armada á la ligera, disputaba con ventaja á la escuadrilla inglesa; los estrechos canalizos por donde era fácil aproximarse á Copenhague, mientras que las tropas de línea que guarnecian la ciudad, hacian frecuentes salidas contra las tropas del general Cathcart. Como desgraciadamente no podian escoger mas que dos puntos de ataque, en las dos estremidades del lago que los separaba del enemigo, los dinamarqueses cuando intentaban salidas, encontraban reunidas en su totalidad las fuerzas inglesas en aquellos dos puntos, y no eran bastantes en número para forzar las líneas de los sitiadores. Siempre se veian obligados á retroceder despues de causar algunas bajas al enemigo, y de sufrir una pérdida mayor por lo desventajoso de su posicion.

Los ingleses esperaban, para concluir su ata-

que, la llegada de la segunda division que estaba al frente de Stralsund. Escitados por ellos los suecos, habian vuelto á emprender las hostilidades, y el mariscal Brune acababa de emprender el sitio de aquella plaza con treinta y ocho mil hombres, y todo el material de sitio que la toma de Dantzig y la conclusion de las hostilidades contra Colberg, Mariemburgo y Graudenz, dejaba disponible al ejército francés. Al mariscal Brune acompañaba el general de ingenieros Chasseloup, que tanto habia contribuido á la toma de Dantzig. Aquel habil oficial que poseia entonces todos los medios, cuya reunion solo habia sido sucesiva al frente de la plaza de Dantzig, se propuso hacer del sitio de Stralsund un modelo de exactitud, vigor y prontitud. Preparó tres ataques, pero con la resolucion de no hacer serio mas que uno de ellos, el que dirigido hácia la puerta de Knieper podia producir la destruccion de la escuadra sueca. Abierta la trinchera en todos los puntos simultáneamente, á pesar de los fuegos de la plaza, estableció y armó sus baterías en muy pocos dias, y comenzó un ataque tan terrible, que el general enemigo, aunque tenia quince mil suecos y siete ú ocho mil ingleses, ya dentro de la plaza, ya en la isla de Rugen, se vió obligado á enviar un parlamentario, y entregar á Stralsund el 21 de agosto.

Durante este sitio, ejecutado por los franceses con un valor y habilidad dignos de admiracion, el general Cathcart habia atraido á su lado la division de las tropas inglesas encargada de auxiliar á los suecos. Acababa de hacerla desembarcar en Kio-ge, y, desde aquel momento, encerró de tal ma-

nera á la ciudad de Copenhague en una doble línea de contravalacion, que se encontraba en disposicion de destruir á aquella ciudad infortunada sin tener que temer los efectos de su desesperacion. Nada mas legitimo que un sitio; pero nada tampoco mas bárbaro que un bombardeo cuando una de esas necesidades imperiosas de la guerra que todo lo justifican, no le hace excusable. ¿Y qué necesidad podrán alegar los ingleses para justificar la atroz ejecucion preparada contra la capital de Dinamarca, como no sea la de apoderarse de una escuadra y de un arsenal que se reputaba muy rico?....

Sin embargo, el 1.º de setiembre, el general Cathcart, colocadas ya en batería sesenta y ocho bocas de fuego, de las cuales cuarenta y ocho eran morteros y obuses, dirigió la intimacion á Copenhague, con un lenguaje cuya fingida humanidad no podía engañar á nadie. Pedía que se le entregase el puerto, el arsenal y la escuadra, amenazando, si se le rehusaba su demanda, con incendiar la ciudad, y acompañaban á su intimacion vivas instancias para que se le dispensase de emplear medios que repugnaban seguir, decia, á su corazón. El general Peymann contestó negativamente, y el 2 de setiembre por la tarde, un espantoso fuego de obus, de bombas y de cohetes á la congreve, estalló sobre la desgraciada capital de Dinamarca. Los bárbaros autores de aquel atentado no tenían ni aun la excusa de su propio peligro, porque estaban cubiertos de modo que no podían perder ni un solo hombre. Despues de continuar aquella crueldad durante toda la noche del 2 de setiembre y parte del dia 3, el general inglés mandó suspender el fuego para ver si se ren-

dia la plaza. El incendio habia prendido en diferentes barrios; habian perecido centenares de infelices: muchos grandes edificios estaban ardiendo: la poblacion útil empleada en apagar con el agua del Báltico las casas incendiadas, estaba estenuada de cansancio. El general Peymann, desgarrado el corazón con aquel espectáculo, guardaba un sombrío silencio, esperando para rendirse que la humanidad hiciese callar al honor. Insensibles á tantos males, los ingleses volvieron á repetir sus disparos en la tarde del 3, sostuvieron el fuego toda la noche, el dia siguiente, excepto una corta interrupcion, y persistieron en aquella barbarie hasta la mañana del 5. No era posible dejar espuesta por mas tiempo á semejantes desastres á una poblacion de cien mil almas. Cerca de dos mil individuos entre hombres, mugeres, niños y ancianos habian sucumbido. La mitad de la ciudad era presa de las llamas, las mejores y mas hermosas iglesias estaban reducidas á un monton de ruinas, y el fuego se habia comunicado al arsenal. El general Peymann herido, y no pudiendo resistir ya las horribles escenas que tenia á su vista, cedió, en fin, á las amenazas de una destruccion total que renovaba el general inglés, y entregó la ciudad de Copenhague á sus bárbaros conquistadores. La capitulacion se firmó el 7: en ella se concedia á los ingleses la fortaleza de Kronemburgo, la ciudad de Copenhague y el arsenal, con facultad de ocuparlos durante seis semanas, tiempo que se habia juzgado necesario para equipar y llevar á Inglaterra la escuadra dinamarquesa, que se entregaba al almirante Gambier con condicion de restituirla cuando se restableciese la paz.

Firmada la capitulacion, los ingleses entraron en Copenhague y su marineros se precipitaron en el arsenal; desde su entrada en Tolon no se habia visto un espectáculo semejante al que ofrecieron entonces. A presencia de una poblacion desesperada, que miraba destruidas sus casas, que contaba en su seno millares de victimas muertas ó moribundas, que ademas de sus desgracias privadas sentia vivamente las calamidades públicas, porque la pérdida de la marina dinamarquesa parecia á cada uno la ruina de su propia existencia, á presencia de aquella poblacion desolada los marineros ingleses, que en gran número habian bajado á tierra, se avalanzaron al arsenal con una brutalidad inaudita. La costumbre de conceder á los marinos una gran parte del valor de las presas, al paso que aumentaba el odio de los ingleses contra todas las marinas europeas, estimulaba la codicia personal; así fué, que oficiales y marineros desplegaron un ardor y una actividad extraordinaria en poner en estado de navegar cuantos buques contenia Copenhague. Contábanse diez y seis navios de línea, una veintena de bergantines y de fragatas capaces de servir, con los aparejos que se custodiaban en almacenes muy bien acondicionados. En algunos dias, estos cuarenta y tantos buques se hallaban ya corrientes, tripulados y en disposicion de emprender la marcha. El celo destructor de los marinos ingleses no se limitó á aquellas depredaciones. Habia dos navios en construccion y los destruyeron: cuanta madera y municiones navales habia en el arsenal, fueron trasladadas á bordo de la escuadra inglesa ó dinamarquesa. Tomaron hasta las herramientas de los

obreros, é inutilizaron lo que no pudieron llevarse. La mitad de las tripulaciones inglesas pasó á bordo de los buques daneses para la maniobra, y toda la expedicion salió de los canales, habiendo temido antes muy buen cuidado de reembarcar con toda precipitacion el ejército de tierra, que no se creia ya seguro en una ciudad que habia ensangrentado, y á la que aceleradamente se aproximaban los franceses para vengar aquel atentado. Al pasar por delante de Webeck, Kronemburgo, y los demas puntos de la costa, aquel inmenso armamento naval recogió las tropas inglesas, y despues hizo vela hácia Inglaterra.

Imposible seria describir la sensacion que produjo en Europa el acto inaudito que acababa de ejecutar, no la nacion inglesa que le vituperó severamente, sino el ministerio Canning y Castlereagh. La indignacion fué tan general entre los amigos de la Francia, poco numerosos entonces, como entre sus mas decididos enemigos. No habia nacion mas estimada que la dinamarquesa. Sábida, modesta, laboriosa, aplicada á su comercio, sin tratar de perjudicar al de los demas, afanosa en conservar escrupulosamente su neutralidad en medio de una guerra encarnizada, y aunque inofensiva, dispuesta como en 1801, á sacrificarse heroicamente por el principio de aquella neutralidad que formaba toda su politica, era, como los suizos y los holandeses, una de esas naciones que suplen la debilidad numérica con la fuerza moral, y saben conquistarse el respeto universal. La sorpresa de que acababa de ser victima hácia brillar mucho mas su buena fé, pues sucumbia por no haber tomado ninguna precaucion contra la In-

glaterra, y por haber adoptado demasiadas contra la Francia. No hubo sobre este asunto mas que una opinion y un grito unánime en toda la Europa. Decíase antes que nadie podia reposar tranquilamente al lado del temible conquistador nacido de la revolucion francesa; pero entonces se aseguraba que la Inglaterra era tan tiránica en el mar como Napoleon en tierra, tan pérfida como violento aquel, y que entre los dos no habia ni paz ni seguridad para ninguna nacion. Este era el lenguaje de los enemigos de la Francia, y sobre todo de las córtes de Berlin y de Viena. Pero los partidarios de Napoleon y los hombres imparciales, reconocian que éste tenia mucha razon en querer que todas las naciones se reuniesen contra un despotismo marítimo intolerable, despotismo que una vez establecido seria invencible, no admitiria mas pabellon que el de Inglaterra, no consentiria mas tráfico que el de los productos de esta nacion, y concluiria por fijar á su antojo el precio de las mercaderias exóticas ó manufacturadas. Era, pues, necesario ponerse de acuerdo para hacer frente á la Inglaterra, arrancarla el cetro de los mares, y obligarla á devolver al mundo la tranquilidad de que por causa suya carecia hacia ya quince años.

Es cierto que Napoleon, esceptó la paz, nada deseaba tanto como un acontecimiento semejante. Ya no tenia que violentar á la Dinamarca, que por el contrario, iba á echarse en sus brazos, ayudarle á cerrar el Sund, y lo que valia mucho mas que algunos cascos de buques, á suministrarle excelentes marineros, aptos para tripular las numerosas naves que la Francia tenia en sus astilleros. Podia dirigir los ejércitos rusos sobre la Sue-

cia, y los españoles sobre Portugal: podia exigir en Viena la exclusion de los ingleses de las costas del Adriático, y por último, podia pedirlo todo en San Petersburgo, porque Alejandro, despues de lo que acababa de pasar en Copenhague, no debia encontrar ya en la opinion de los rusos, resistencia á su política. Si Napoleon en aquellos momentos se aprovechaba de la falta de la Inglaterra, sin cometer otra igual, se hallaba en una posicion única; llegaba á ser moralmente tan fuerte por los agravios de su enemigo, como lo era materialmente por sus propios ejércitos. En efecto, el inconveniente de su sistema, de vencer el mar por la tierra, se habia salvado, porque la violencia hecha á las potencias continentales para obligarlas á concurrir á sus designios, se hallaba ya explicada y justificada. Si cerraba las puertas de las ciudades anseáticas, de Holanda, Francia, Portugal, España é Italia, si condenaba á los pueblos á pasarse sin azúcar y sin café, á sustituir á aquellos productos de los Trópicos, imitaciones europeas, costosas y muy imperfectas: si violentaba todos los gustos, despues de violentar todos los intereses, tenia en el crimen de Copenhague la mas completa excusa. Pero era necesario dejar que la Inglaterra cometiese graves faltas, sin seguir de modo alguno su egemplo, lo cual era muy difícil, porque en una lucha encarnizada las faltas se encadenan unas con otras, y es muy raro que los agravios de uno, no sean prontamente contrabalanceados ó escedidos por los del otro.

Napoleon, conoció perfectamente la ventaja que le daba la conducta de la Inglaterra, y si perdió una esperanza de avenencia, esperanza que no